



Adiós al colegio, adiós

Victoria Bermejo & Cristina Bueno



Adiós al colegio, adiós

En la casa uno del barrio 10, Juan Antonio tiró a la basura varias docenas de calcetines cortos, las cabezas de unos muñequitos rotos y un pegamento en stick que estaba amarillo y seco. Se puso una pulsera de cuero.

En la casa tres, Lolita descolgó un poster de las Tortugas Ninja que tenía de siempre en la pared. En el baño, cambió la colonia Nenuco por unas gotas del Opium de YSL que se ponía su madre por las noches. Y luego mirándose fijamente en el espejo vio que necesitaba un toque más, cogió las tijeras y se cortó el flequillo, zas.

El chico de la cuatro, Carlos, le regaló un tira-chinas y un yoyó a su hermano pequeño. Cogió la cámara de fotos de su madre, una Nikon de carrete y salió a la calle.

Nuria, la de la siete, se sintió rarísima al ponerse sus primeras medias con ligero, acababa



de descubrir a Dita Von Teese, y al salir dejó en un banco todos los disfraces de hada, de bruja y de cenicienta, que tantas alegrías le habían proporcionado en diferentes días de reyes y carnavales.

En la diez, Mauro ensayaba por última vez cómo bailar un vals con su padre. Antes de salir, le regaló a la asistenta todos sus discos de Jonas Brothers para que se los diera a su hijo pequeño y mientras se dirigía a su cita escuchó I'll be your mirror de la Velvet Underground en el Iphone.

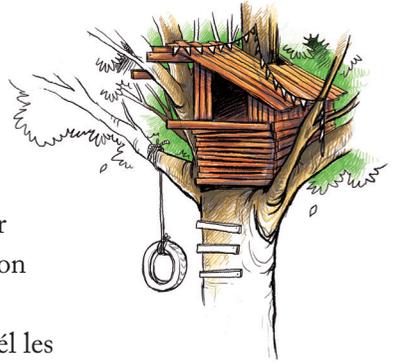
¿Qué estaba pasando en ese tranquilo barrio de la ciudad? Era el 23 de junio, y una panda de chicos del último curso había quedado para hacer algo especial. Ninguno de sus padres sabía qué, ni porqué.

Los habían notado un poco raros e inquietos la última semana. Lo habían comentado al cruzarse en el súper o a la puerta del colegio, cuando iban a recoger a sus hijos más pequeños...: “¡¡¡Mi hijo lleva toda la semana haciéndose la cama!!!” “¡¡¡La mía, limpiando el baño!!!” “Mauro me ha pedido que le enseñe a bailar un vals” “¡¡¡He descubierto que mi hijo Carlos dormía con un martillo debajo de la cama!!!” “¡Qué raro! Yo creo que la adolescencia ahora les dura mucho más”, apostilló una de las madres.

Juan Antonio, el líder natural, les había reunido en su casa una semana antes y les había dicho: “Por fin se acaba el colegio, no sé a vosotros pero a mí me hace mucha ilusión. Tengo muchas ganas de empezar una nueva etapa y despedirme para siempre de la comida del comedor, del profe de física y del madrugón. Necesito cambios, estímulos, novedades. Y quiero celebrarlo con una ceremonia”



Y fue entonces cuando les contó el plan de la casa del árbol. El día elegido era el 23 por la mañana a las 12 en punto y cada uno tenía encomendada una función. Además era necesario acudir habiéndose desprendido de algo viejo y con algo nuevo encima.



Los cuatro amigos llegaron a su casa, él les esperaba en la puerta, y le siguieron en silencio. Les llevó hasta el jardín, ese jardín que se había convertido en su centro de operaciones durante los últimos diez años y una vez allí delante del árbol volvió a hablar:

— Quiero dejar de actuar sin pensar, ser yo el que le ponga límites a mis padres. Quiero despedirme de los corn flakes y dar la bienvenida a otro cereal, la cerveza, y cambiar la linterna por velas, quiero moverme por el mundo y dejar de estar anclado en un parque infantil. ¡¡¡Procedamos!!!

Y los cinco, en silencio, subieron por las escalerillas a la casa del árbol y siguieron al pie de la letra el plan trazado. Uno soltó el primer tablón con el martillo, otro cogió una cajita con cromos que habían ido coleccionando toda la vida y la lanzó al vacío, otro tiró un almohadón raído con la imagen de batman y poco a poco fueron desmontándola sin decir ni una palabra mientras Carlos iba haciendo fotos de todo. Solo se oía el ruido de los tablones al caer. Cuando ya no quedaba ni una astilla y todo el material de sus recuerdos estaba esparcido por el suelo,



Juan Antonio se acercó con un libro de Harry Potter, le arrancó las hojas a lo bestia y con un mechero prendió fuego a todo. Hicieron una gran hoguera, el humo se veía desde lejos y dos horas después cuando había desaparecido hasta el último resto de la casa del árbol, se cogieron de la mano haciendo un corro y empezaron a hablar uno tras otro a recitar la frase que cada uno había escrito y memorizado durante todos esos días:



- “Me despido de la adolescencia, (Juan Antonio)
- Esa edad incomoda e insegura, que huele a rayos (Lolita)
- Le digo adiós al sometimiento, a los techos estrechos, al recinto cerrado de mi formación. Quiero ampliar la mirada (Carlos)
- Ahora ya puedo salir del niño que fui (Mauro)
- y empezar a ser mayor” (Nuria)

Y en ese momento en el Iphone de Mauro sonó El último vals de The Band y la bailaron como locos, siguiendo un ritmo desconocido, un sonido antiguo y nuevo a la vez, entrando por la puerta grande en otro piso de la evolución.

Y es que enfrentarse al adiós forma parte del arte de crecer, de discurrir, de ser.

Fin

